

ESPONTANEAS FRASES RELIGIOSAS EN EL LENGUAJE HABLADO GALDOSIANO

Adelaide Burnus

Creo que todos estaríamos de acuerdo en opinar que la nación española se destaca entre otras naciones por la compenetración con el sentimiento religioso. Desde los principios del cristianismo la religión ha ido íntimamente relacionada con la vida del pueblo y era de esperar que el lenguaje cultural religioso asimilase elementos profanos o populares y coloquiales. El difundo profesor de español, Juan Terlingen, de la Universidad de Nimegen, en su estudio dedicado a Menéndez Pidal sobre el uso profano del lenguaje cultural cristiano en el *Poema de Mio Cid*, indicó que las huellas de esta asimilación quedaban ya evidentes en el primer monumento literario español.

Según él: «Al pronunciar el Cid, despidiéndose de la Catedral de Burgos, las palabras: «A ti gradesco, Dios, que cielo e tierra guías» (v 217), la invocación *Dios* cuadra perfectamente con la actitud religiosa que impone el momento solemne y, por consiguiente, conserva todo su valor cultural. Sin embargo, cuando el autor del Cantar, al relatar la presentación de los Infantes de Carrión para la entrega de sus esposas, escribe: «de pie e a sabor, *Dios*, qué quedos entraron» (v. 2. 2.130), se trata de una invocación del Altísimo que ya encierra toda característica de la transición al lenguaje profano» (p. 268). La expresión *Dios* ha llegado a ser mera traducción de una conmoción de sorpresa o admiración alejada de su verdadero significado, igual que en las frases: «Dios, qué buen vasallo» (v. 20) y «¡Dios commo se alabauan!». Este uso del vocablo *Dios* llega a ser corriente en la literatura española medieval; corrientes también han venido a ser los términos de agradecimiento: «grado a Dios», «grado a Cristo» que se repiten en las mil veces usadas palabras «gracias a Dios» del lenguaje moderno. También se encuentra en el Poema los vocablos «mártir» y «cristiano», de origen litúrgico, con la misma significación de hoy. *Mártir*: una persona que sufre mucho; *cristiano*: una persona cualquiera.

Me parece innecesario señalar la velocidad con que se extendió el uso de las frases espontáneas y religiosas en la literatura del Siglo de Oro. Aumentaron en cantidad y adquirieron matices burlescos, irreverentes y algunos dirían sacrílegos. Se encuentran sus análogos en Inglaterra en la literatura de la época

isabelina, pero después de la Reforma se consideraban como blasfemos los términos relacionados con Dios y quedaron prohibidos en el teatro de esa época, aunque sobrevivieron reconocibles a pesar de su disfraz. Por ejemplo, la exclamación, *God's Body* (Cuerpo de Dios) resurgió como *Ods bod* que tiene colorido cómico y *God's Wounds!* (Las llagas de Dios) se convirtió en *Zounds!* que suena bien como expresión de ira. También desde esos días, en su afán de aislarse de los católicos, los protestantes dieron más importancia a la Biblia y a las expresiones bíblicas que a las más afectivas y elogiosas de la liturgia católica.

La compenetración religiosa fue más profunda en España a dos niveles: el místico y el popular. La mezcla de fervor genuino con el burlesco quedó rechazada de la literatura española por el culteranismo y conceptismo, pero siguió vigente en el alma y el habla del pueblo; guardando su sentido religioso o perdiéndolo o aun, contradiciéndolo. Hay familiaridad e intimidad con Dios más intensas que en cualquier otro país. Una convivencia cotidiana con Dios. Un Dios para todos, sublime o humilde. Un Dios por todas partes, en las catedrales o en las chozas, en el arte o «entre los pucheros» como dijo Santa Teresa. Dios comparte las risas y los llantos de sus criaturas. Todo venía o dependía de Dios y se llegó a identificar, como lo identificó Lazarillo, con la buena o la mala suerte. A Dios había que amarle y agradecerle o maldecirle y rechazarle.

Esta actitud hacia las cosas de Dios, reverente o popular, que yo clasifico como costumbrista, renace de nuevo en la literatura española con Pérez Galdós y se manifiesta en el lenguaje de sus personajes, recogiendo, desde luego, matices del siglo XIX. En el Prólogo de *El sabor de la tierruca* de Pereda (Ob. Comp. M. 1954, 1.323) critica Galdós el lenguaje de la novela en España: «Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España: consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para producir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él...». Quedó Galdós el gran renovador del lenguaje familiar como elemento novelístico y sólo Cervantes le iguala en este aspecto. Ya existen estudios sobre el lenguaje popular: los refranes, modismos, términos de germanía, etc., pero si no me equivoco no se ha escrito sobre su lenguaje popular religioso. ¿Por qué? Puede que sea porque este lenguaje resulta tan corriente que los galdosianos españoles lo absorben sin darse cuenta. Se dice que hay que ser forastero para conocer a Londres; los ojos que la ven diariamente ya no observan con atención. Pero, se me ha preguntado: ¿si para los mismos españoles es tan corriente este modo de hablar, vale la pena escudriñarlo? Me atrevo a decir que sí, no sólo porque me interesa a mí sino por su carácter español peculiar, por el interés histórico, lingüístico y humorístico que encierra, y por su valor novelístico.

Para este pequeño estudio he releído cuatro novelas: *Fortunata y Jacinta*; *Tormento*; *La de Bringas* y *Lo Prohibido*. Escogí éstas sin polémica religiosa

por parecerme más probable encontrar en ellas ejemplos de frases relacionadas con la religión de índole costumbrista.

Sólo haré un rápido repaso de algunos de los innumerables términos exclamatorios por ser ellos demasiado conocidos: ¡Ay, Dios mío!; ¡Dios poderoso!; ¡San to Dios!; ¡Válgame Dios!; ¡Alabado sea Dios!; ¡María Santísima!; ¡Ave María Purísima!; ¡Jesús!; ¡Santo Cristo! Y aún: ¡Cristo Padre! Más interesante es ver cómo los escoge Galdós para hacerlos encajar con el sentimiento de angustia, de ira o de alegría del locutor. José María, en *Lo prohibido*, busca ansioso a su amada entre las mujeres en la calle. Cree verla, pero era una equivocación, y exclama para sí: «¡Cristo de la Sangre! No es ella.» Una de sus primas quiere casarle con una joven buena y bonita, pero él la rechaza enojado por estar enamorado de Camila: «¡Qué mona estaba y qué gitana!... ¡Ira de Dios! ¡Cármame yo mientras aquella mujer existiera!... Jamás de los jamases.» (p. 301). La pobre Amparo exclama en su angustia: «Virgen de los Dolores, perdóname» (T., p. 223). También a Agustín, cuando va a ver a la antipática beata, doña Marcelina, para averiguar si su novia Amparo es virgen o no, le sale una exclamación apta, pero con giro cómico: «Pero, señora; por las Once mil Vírgenes!... ¡La verdad es ante todo!» Cuando Bringas recobra su vista y cree ver a su mujer rejuvenecida, él también invoca a estas vírgenes, añadiendo un matiz humorístico: «Pero todo lo veo...: a usted, querido Pez, le encuentro más joven... Pues mi mujer se ha quitado quince años... ¡Por la vida del sayo de las Once mil Vírgenes...! Estoy loco de alegría...» (*La de B.*, p. 151). Juanito, en *Fortunata*, está enfermo e instintivamente relaciona su sufrimiento con el de Cristo, y grita exageradamente: «Mamá, por las llagas y por todos los clavos de Cristo, no me traigas acá a Aparisi» (p. 170): un charlatán aburrido.

Me sorprendió encontrar más exclamaciones en boca de hombre que de mujer, pero se me ha asegurado que es por ser los hombre más irreverentes. José Izquierdo, en *Fortunata*, exclama a menudo: ¡Hostia! Y otras veces: ¡Contra Hostia! Y hasta: ¡Recontra Hostia! Tiene gracia el juramento de Maximiliano, pero él lo grita con toda seriedad: «el que sostenga ahora que estoy loco... ¡vive Cristo! por la santísima uña de Dios, que me la ha de pagar» (*F. y J.*, página ...).

Paso por alto las muchísimas frases religiosas con sentido genuino o convencional según el locutor, tales como: «Todo sea por Dios», «Dios se lo pague», «Quedáos con Dios», «Que Dios nos tenga de su mano», «Dios me protegerá», «En Dios confío».

Todo demuestra la compenetración cristiana de que ya he hablado. Se amaba a Dios y era natural servirse de términos religiosos afectuosos para expresar cariño: «Este hijo de Dios.», «Angeles de Dios.», «Pequeñuelos de Dios.», «Es un alma de Dios.», «Es bueno como los panes de Dios.» Llegan a veces a coger un sentido irónico: «ese santo varón.», «ese bendito hombre.», «es una fiera con hábitos» (T., p. 84). A Guillermina Pacheco se la llama, con algo de admiración cariñosa, «una rata eclesiástica». Y Fortunata llama a su bebé *el mono del cielo*.

Tampoco extraña encontrar elogios religiosos mezclados con términos humanos y corrientes, hasta en los piropos: «¡Ay, niña de mi vida; eres la gloria eterna!», exclama Juanito a su esposa, Jacinta; y cuanto más expresivo quiere que sea su alabanza de ella tanto más exagerados se le salen los vocablos religiosos: «¡Ah, esposa mía; esposa adorada; ángel de mi salvación... Mesías mío... ¿Verdad que me perdonas?» (F. y J., p. 102). La buena Guillermina da un giro religioso y gracioso a su elogio de Moreno Isla: «Es un angelón... No tenéis idea de la pasta celestial de que está formado el corazón de este hombre» (F. y J., p. 139). Y Mauricia, hablando de Jacinta, dice: «Aquella es de la piel de Cristo» (F. y J., p. 696).

Hay expresiones apasionadas e irreverentes que podrían escandalizar a gentes de otros países, pero que no chocan en Galdós por su elemento humorístico. En momento de viva emoción los personajes recurren a ideas asociadas con Dios o su Iglesia. En *Lo Prohibido*, está José María intensamente enamorado de su prima casada, Camila, y le dice: «... te diré que te idolatro; que todo lo que poseo es para ti, para esa bocaza, para la lumbre que tienes en esos ojos; todo para ti, fiera con más alma que Dios» (p. 276). Y en otra ocasión exclama: «... eres la mujer sublime, la mujer grande, Camililla. Mereces ser puesta en los altares; mereces que se te eche incienso, que los hombres se den golpes de pecho delante de ti, borrica del Cielo, con toda el alma y toda la sal de Dios» (p. 404). También Juanito le dice a su amante Fortunata: «Lo que tú tienes, nena negra, es toda la sal de Dios» (F. y J., p. 385). Sólo un hombre hispánico podría hablar de *la sal de Dios*. Se aplican a la mujer amada los admirables atributos de Dios y se atribuyen a Dios dones femeninos. Al hacer uso de este tipo de frases, Galdós describe gráficamente las emociones de sus personajes. Nótese la siguiente gráfica comparación: Camila le dice inocentemente a Jesús María: «¡Oh! Hay mucho que hablar. ¿Vendrás esta noche?» Y él dice para sí: «Este *vendrás* me sacó de quicio: sonaba ante mí como el chirrido de las puertas del Cielo cuando se abren... ¡Ya lo creo que iría! (*Lo Prob.*, p. 385).

Hay muchísimos símiles descriptivos y salados. «Lo que no falta nunca allí a todas horas del día es gente que va a pedir limosna, porque el Señor es muy caritativo. ¡Ay, Dios mío, qué júbilos! Unos van con cartitas; éstos, con un papel lleno de nombres, y otros se presentan llorando. Van viudas, huérfanas, cesantes, enfermos. Este pide para sí, aquél para unos niños mocosos. Dice doña María que la casa parece un valle de lágrimas» (T., p. 76). Polo ve «la venerable cabeza de Nones, blanquísima y pura como el vellón del cordero de la Pascua» (T., p. 116). Rosalía tiene la conciencia angustiada con todos sus embustes, y el narrador nos dice: «Don Francisco se dormía antes que ella. A veces Rosalía estaba desvelada e inquieta hasta muy tarde, envidiando el dulcísimo descanso de aquel bendito, que reposaba sobre su conciencia blanda como un ángel sobre las nubes de la Gloria» (*La de B.*, p. 74). Ido de Sagrario le habla a Felipe de la novela que está escribiendo: «Como te decía, he puesto en tal obra dos niñas

bonitas, pobres se entiende, muy pobres... Pero son más honradas que el Cordero Pascual» (T., p. 11). Al comparar a estas pobres niñas con el Cordero Pascual me pregunto si ya tenía en mente el novelista lo mucho que iban a sufrir estas pobres niñas.

Tiene humorismo la observación de Rosalía: «¡Ay! La tertulia de doña Tula y aquél charla que te charla de Pez y Serafinita, habíanle puesto su cabeza como un bombo. Luego el don Manuel era capaz de dar jaqueca al gallo de la Pasión con la cantinela de sus lamentaciones. Ya eran tantas sus calamidades que Job se quedaba tamañito» (*La de B.*, p. 153).

También las frases con asociación religiosa que brotan de los labios de la clase baja añaden matices humorísticos. En sus argumentos con doña Guillermina, Izquierdo, el hombre inculto, se dice a sí mismo: «...esta diabla de santa tiene dentro del cuerpo al Pae Eterno» (*F. y J.*, p. 219) y cuando ella le ofrece una portería en vez de un cargo en el Ministerio, él lo rechaza refunfuñando pero pensando para sí: «¿Qué mejor descanso podía apetecer que lo que ofrecía aquella tía, que debía ser sobrina de la Virgen Santísima?» Fortunata está mirándose en el espejo admirando su belleza y Galdós nos dice: «Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al Espíritu Santo*» (p. 343). Cuando Juanito se reúne con ella por la tercera vez, Fortunata, con semblante y ojos iluminados, expresa su alegría en los siguientes términos: «¡Qué feliz soy, pero qué feliz soy hoy, Dios mío! ...No me cambiaría por todos los ángeles y serafines que están brincando delante de su Divina Majestad en el Cielo; no me cambiaría, no me cambiaría» (página 777). En el convento de las Micaelas la atrevida reclusa Mauricia está encerrada bajo llave por haber tenido uno de sus arrebatos de locura. Ya está recuperándose pero necesita una copita para animarse y por la ventana trata de atraer la atención de su amiga, Sor Marcela, la pequeña monja coja: «Cojita graciosa, enanita remolona, mira, oye... Tráeme nada más que una lagrimita de aquella gloria divina que tu tienes, de aquello que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, cañamón de los ángeles, tráeme lo que te pido; así Dios te dé la vida celestial que te tienes ganada y tres más, y así te coronen los serafines cuanto entres en el cielo con tu patita coja...» (*F. y J.*, p. 444).

Me serví de la cita de Mauricia para demostrar el costumbrismo religioso en el lenguaje de la clase baja madrileña. El famoso novelista, Dickens, en su novela *Martin Chuzzlewit*, hace a Mrs. Gamp espetar una serie de confundidas citas bíblicas, como hacía Sancho Panza con sus refranes, pero era eso un truco novelístico para subrayar el carácter del personaje. No es costumbrismo. Como Mauricia, podían haber hablado otras muchas mujeres de su clase. Sólo hay un Sancho Panza, una Mrs. Gamp.

El último grupo de frases que voy a considerar son las que han llegado a ser modismo, a veces sólo comprensibles para un español, o las que han sufrido cambio semántico.

Traerle en palmitas equivale a agasajarle. Me pareció que vendría por asocia-

ción con Cristo y los ramos pero parece ser que viene del salmo 90: *In manibus suis portabunt te*; palabras que oírían los fieles en «Completa». Amparo, hablando al joven Felipe de su amo le aconseja: «Debes traerle en palmitas, debes ponerle sobre tu corazón» (T., p. 77); también términos bíblicos.

Venirle Dios a ver: tener buena suerte. Maximiliano, en apuros financieros, oye que le ha tocado una herencia y le dice a Fortunata: «Créete que ha venido Dios a vernos...» (F. y J., p. 350). Felipe le habla a Amparo de su buen amo: «Es un santo, un santo del cielo... Tengo poco trabajo y voy al Instituto... Le digo a usted que me vino Dios a ver» (T., p. 73).

Irsele a uno el santo al cielo: olvidársele lo que iba a decir o hacer; según José María Irribaren quien cita a Cejador: «La frase alude al predicador que se olvidó del santo, hablando de otras cosas.» Pero Galdós lo emplea en el sentido de distraerse; hacer tonterías; y me parecía que tenía que relacionarse con el santo patrón o ángel de la guardia de uno. Cuando él se va al cielo está uno más dispuesto a pecar o hacer tonterías. En *Lo Prohibido* un amigo le dice a Jesús María: «Tú, que en tus negocios eres una cabeza firme, ¿cómo es que se te va el santo al cielo por unas faldas? (p. 323). La cabeza de la pobre Jacinta, roída de celos, está llena de «la condenada Fortunata que le había dado tantas jaquecas. Deseaba verla... Pero, no; más valía que no la viera jamás, porque si la veía, de fijo se le iba el santo al cielo» (F. y J., p. 580).

Sacar el Cristo. Esta frase parece tener dos significados en Galdós: abusar el cura de su oficio; o, decir la verdad. Maximiliano ha logrado la aprobación de su tía, doña Lupe, para casarse con Fortunata pero temía que su hermano cura «saliese con ciertas *mistiquerías* propias de su oficio, sacando el Cristo de debajo de la sotana y alborotando la casa» (p. 387). Juan Pedro Rubín, el otro hermano, duda de la veracidad de lo que le está diciendo el buen don Evaristo Feijóo acerca de Fortunata, y Galdós nos dice: «al oír esto, la diplomacia de Feijóo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él» (p. 648). A veces los personajes emplean la voz *Cristo*, en lugar de *cristiano*, en el sentido de «todo el mundo». Doña Lupe vuelve tarde a su casa, demasiado cansada para reñir a Maximiliano esa misma noche y ella le grita a él y a la criadita: «A la cama todo Cristo» (F. y J., p. 342).

Modismo que llama la atención es: *ni Cristo que lo fundó*, que equivale a *nadie o nada* con énfasis. Excluir a Dios es excluirlo todo. Se está hablando de un médico que sólo entretenía a sus pacientes: «Por lo demás, ni él curaba a nadie, ni Cristo que lo fundó» (*Lo Pro.*, p. 215). La incorruptible Camila le dice a su marido: «No seamos más papistas que el Papa, ni más justicieros que la justicia de Dios. No sabemos tú y yo como éste es día, que él no pudo conquistarme, ni había tales carneros, ni Cristo que lo fundó» (p. 471).

¿Cuál es el origen de esta expresión? Una disputa teológica? A veces se necesita más fe que razones y se podría haber dicho: «Ni Cristo que lo fundó lo sabía.» Ustedes me dirán.

En Fortunata y Jacinta lo emplea Galdós con tono sutil y burlesco haciendo

a Maximiliano decirlo en sentido contradictorio. El pobre teme que Fortunata, reformándose en el convento, se va a enamorar de Jesucristo, «que es el esposo que a las monjas de verdadera santidad les hace tilín» (p. 426).

«Quería él decirle que no creyera en aquel de la Pentecostés, figuración alegórica nada más, porque no hubo ni podía haber tales lenguas de fuego, ni Cristo que lo fundó». ¡Maximiliano se sirvió de Cristo para negar las cosas de Cristo! También en sentido contradictorio Torquemada exclama: «Yo no le creo ni la Biblia» (F. y J., p. 361).

A mi ver la expresión más interesante que encontré para demostrar el cambio semántico es *Sursum Corda*. Eloísa va a pasar todo el santo día sola con su amante, Jesús María, y éste nos dice: «Repetí a mi criado las órdenes. No estaba en casa absolutamente para nadie, ni para el *Sursum Corda*». (*Lo Pro.*, p. 197). También aparece en *Tormento*; «En aquella casa no se debía un maravedí ni al *Sursum Corda*» (T., p. 31). El Diccionario Manual de la Academia de *sursuncorda* en un vocablo, con el significado, figurado y familiarmente «supuesto personaje anónimo de mucha importancia». Para mí tiene gracia porque son palabras sacramentales que profiere el sacerdote en la introducción del Prefacio de la Misa cuando, dirigiéndose a los fieles, les dice «*Sursum Corda*»: «levantemos el corazón». ¿Cómo y cuándo cogieron el sentido familiar moderno?

Aprovechándome de frases galdosianas termino diciendo con toda sinceridad. A Dios gracias por habernos dado nuestro bendito novelista Pérez Galdós: ese santo hombre hecho con pasta celestial bien salpicada con la sal de Dios. ¡Qué cabeza le dio el Padre Eterno, qué corazón! Tan honrado era como el Cordero Pascual: amando, como El, a todo Cristo, santo, diablo; pecadores todos. La religión le obsesionaba y «trabajaba más que el obispo». En su rechazo de «esos hombres que llevan a Cristo en los labios y a Luzbel en el corazón», de las falsificaciones de los valores cristianos, y, en su búsqueda y acercamiento al Jesucristo del Evangelio fue llevado de la mano de Dios y se empapó de cosas religiosas. En su afán de reproducir la vida cotidiana de sus hermanos en Dios, con sus risas, llantos y pensamientos, nos ha dejado un tesoro de frases familiares relacionadas con la religión, genuinas, convencionales, literarias, humorísticas, del cual los españoles debían jactarse. No dudo que estará gozando de la Gloria Eterna y puede que los serafines le hayan puesto no sólo una, sino hasta tres coronas. ¡Bien ganadas las tiene! ¡Alabado sea Galdós y alabado sea Dios su Creador!

JUAN TERLINGER. «Uso profano del lenguaje cultural cristiano en el Poema del Mío Cid». *Estudios dedicados a D. Ramón Menéndez Pidal*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1953, pp. 265-294.

J. M. IRRIBARREN. *El porqué de los dichos*. Aguilar, 1962.

La de Bringas. Ed. Hernando, 1952.

Fortunata y Jacinta. Ed. Hernando, 1971.

Tormento. Alianza Editorial, 1971.

Lo Prohibido. Ed. Clásicos Castalia, 1971.